

—¿Los Bonmont? Si son judíos.

—Eso no importa. Hay judíos hasta en el clero. Al saber que los Bonmont se mezclaban en aquel negocio, ella olfateó algún chanchullo; pero como tenía el corazón tierno y el alma fácil, prometió hablar al ministro.

XVI

El padre Guitrel, candidato al obispado, fué introducido en el despacho del nuncio, monseñor Cima, el cual impresionaba desde luego por los rasgos pálidos de su fisonomía que el tiempo fatigó sin envejecerla. A los cuarenta años tenía el aspecto de un adolescente enfermo. Cuando bajaba los ojos, su rostro era el de un muerto. Hizo seña al visitante de que se sentara, y para escucharle, tomó en la butaca su actitud acostumbrada: el codo derecho en la mano izquierda y la mejilla reposando inclinada en el hueco de la mano derecha: mostraba en aquella actitud una gracia casi fúnebre, recordando ciertas figuras de los bajo relieves antiguos. Su fisonomía sosegada velábase con un tinte melancólico, y en cuanto sonreía, tomaba una cómica expresión. La mirada de sus ojos sombríos causaba una impresión penosa, y decían en Nápoles que daba mal de ojo. Pasaba en Francia por un hábil político.

El padre Guitrel creyó prudente no hacer más

que una rápida alusión al objeto de su visita.

Que la Iglesia, en su infinita sabiduría dispusiera de él. Todos sus sentimientos hacia ella se confundían en el de una absoluta obediencia.

—Monseñor—añadió—, soy un sacerdote, es decir, un soldado. Aspiro á la gloria de obedecer.

Monseñor Cima, habiendo inclinado lentamente la cabeza en señal de aprobación, preguntó al padre Guitrel si había conocido al difunto obispo de Tourcoing, el señor Duclou.

—Le conocí en Orleans, monseñor, cuando era cura.

—En Orleans. Es una ciudad agradable; allí tengo parientes, unos primos lejanos. El señor Duclou tenía mucha edad. ¿De qué enfermedad murió?

—De mal de piedra, monseñor.

—Es el fin de muchos ancianos, aunque la ciencia de curar ha procurado, desde hace algún tiempo grandes alivios á tan terrible incomodidad.

—Es cierto, monseñor.

—Yo conocí al señor Duclou en Roma. Jugaba conmigo al *whist*. ¿No ha estado usted nunca en Roma, señor Guitrel?

—Monseñor; es un consuelo que me ha sido negado hasta el presente. Sin embargo, he vivido mucho con el pensamiento en la Ciudad Santa. Mi alma ha ido al Vaticano, ya que no pudo ir mi cuerpo.

—¡Sí!... ¡Sí!... El Papa tendrá mucho gusto en verle. Ama á Francia. La estación preferible:

para visitar Roma es la primavera. Durante el verano la malaria reina en el campo y hasta en algunos barrios de la ciudad.

—No me inspira temor la malaria.

—Sin duda, sin duda... Tomando ciertas precauciones se puede conjurar el peligro de las fiebres. No debe salirse por la noche sin abrigo. Los extranjeros, sobre todo, deben evitar pasearse en coche abierto después de la puesta del sol.

—Dicen, monseñor, que el espectáculo del Coliseo á la luz de la luna es realmente sublime.

—El aire es maligno en el Coliseo. Deben evitarse también los jardines de la villa Borghese, que son húmedos.

—De veras, monseñor?

—¡Sí!... ¡Sí!... Yo mismo, que he nacido en Roma, de padres romanos, soporto mal el clima de Roma. Prefiero la estancia en Bruselas. He pasado un año en Bruselas. No creo que haya otra ciudad tan agradable. Tengo parientes... ¿Es una gran ciudad Tourcoing?

—Una ciudad de cuarenta mil habitantes aproximadamente, monseñor. Una ciudad industrial.

—Ya sé, ya sé. El señor Duclou me dijo en Roma que no reconocía á sus feligreses más que un defecto: el de beber cerveza. Recuerdo sus palabras: «Si bebieran vinillo de Orleans serían unos cristianos perfectos. Pero el lúpulo los entristece.»

—Monseñor Duclou bromeaba con mucha gracia.

—No le gustaba la cerveza. Y le sorprendí en extremo diciéndole que la afición á aquella bebida se va extendiendo mucho en Italia. Hay cervecerías alemanas que tienen abundante parroquia en Florencia, Roma, Nápoles, en todas las ciudades. ¿Le gusta á usted la cerveza, señor Guitrel?

—No me desagrada, monseñor.

El nuncio dió su anillo á besar al sacerdote, que se despidió respetuosamente.

El nuncio llamó:

—Que entre el señor Lantaigne.

El rector del Seminario, habiendo besado el anillo del nuncio, fué invitado á sentarse y á que hablara.

Dijo:

—Monseñor: hice al Papa y á la necesidad el sacrificio de amistades que me legaban á la familia de mis reyes. He rechazado en mi corazón queridas esperanzas. Me consideraba deudor de aquel sacrificio al jefe de los fieles para contribuir á la unidad de la Iglesia. Si Su Santidad me eleva á la silla episcopal de Tourcoing, gobernaré para la Iglesia y para la Francia católica. Un obispado es un gobierno. Yo le respondo de mi firmeza.

Monseñor Cima, habiendo inclinado lentamente la cabeza en señal de aprobación, preguntó al padre Lantaigne si había conocido al difunto obispo de Tourcoing, el señor Duclou.

—Le conocí muy poco—respondió el padre Lantaigne, y mucho antes de su elevación al

episcopado. Recuerdo haberle cedido algunos sermones cuando tenía yo demasiados.

—No era ya joven cuando le perdimos. ¿De qué enfermedad murió?

—No lo sé.

—Yo conocí al señor Duclou en Roma; jugaba conmigo al *whist*. ¿No ha ido usted nunca á Roma, señor Lantaigne?

—Nunca, monseñor.

—Hay que ir. El Papa tendrá mucho gusto en verle. Ama á Francia; pero tenga cuidado; el clima de Roma es rudo para los extranjeros. Durante el verano la malaria reina en el campo y hasta en algunos barrios de la ciudad. La estación preferible para la estancia en Roma es la primavera. Nacido en Roma, y de padres romanos, me gusta más París, ó Bruselas, que Roma. Bruselas es una ciudad muy agradable; allí tengo parientes. Dígame, ¿es una gran ciudad Tourcoing?

—Monseñor: es uno de los más antiguos obispos de la Galia septentrional. Aquella Sede ha sido ilustrada por una larga serie de santos obispos, desde el bienaventurado Loup hasta monseñor de la Thrumelliere, predecesor inmediato de monseñor Duclou.

—¿Qué población es la de Tourcoing?

—La fe allí es viva, monseñor. Y la doctrina tiene más del espíritu de la Bélgica católica que del espíritu francés.

—Ya sé, ya sé. El señor Duclou, el llorado

obispo de Tourcoing, me decía un día en Roma, que no reconocía á sus feligreses más que un defecto imperdonable, el de beber cerveza. Recuerdo sus palabras: «Si bebieran vinillo de Orleans, serían los mejores cristianos del mundo. Desgraciadamente, el lúpulo los amarga y entristece.»

—Monseñor, permítame que le diga: monseñor Duclou tenía el ánimo empobrecido y el carácter débil. No ha utilizado la energía de las fuertes poblaciones del Norte. No era mala persona; pero no aborrecía lo suficiente al mal. Es necesario que la universidad católica de Tourcoing resplandezca entre toda la cristiandad. Si Su Santidad me cree digno de subir á la silla de San Loup, espero, en diez años, apoderarme de todos los corazones por la santa violencia de las obras, robarle al enemigo todas las almas, restablecer en todo mi territorio la unidad de creencias. En sus profundidades secretas, la Francia es cristiana. Los católicos de nuestro país solo necesitan jefes enérgicos. Nos morimos de debilidad.

Monseñor Cima, levantándose, tendió al padre Lantaigne su anillo de oro, y dijo:

—Hay que ir á Roma, padre, hay que ir á Roma.

XVII

En el barrio gris de Batignoles había un salón humilde, adornado solamente con grabados pro-